

## **De vidas vivibles y producción imposible 1**

Amaia Orozco // enero 2012

LA crisis, decimos pero hay una polisemia sobre qué es crisis y cómo se resuelve.

Frente a la existencia de un discurso hegemónico que legitima y fomenta un sistema que es insostenible e injusto, es urgente la confluencia y el diálogo de miradas críticas que arranquen desde fuera de los mercados, desde un terreno de juego distinto. Aquí se sitúan propuestas de corte más activista, como el decrecimiento desde el ecologismo social; más académico, como el post-desarrollo; o de política aplicada como el buen vivir o vivir bien (sumak kawsay en kichwa en Ecuador y suma q'amaña en aymara en Bolivia, respectivamente, ambos recogidos en sus constituciones)<sup>8</sup>. En este texto se añade la mirada desde la sostenibilidad de la vida (Carrasco, 2009). No se plantea como la única alternativa, o la mejor de ellas, sino como una más en confluencia y comunicación con otras.

A su vez, el cierre reaccionario de la crisis de los cuidados deriva en la apertura de oportunidades laborales en el sector precarizado de los cuidados, nicho donde encuentran empleo cada vez más precarizados y se conforman cadenas globales de cuidados que son la encarnación cotidiana de la expansión transnacional de un sistema socioeconómico donde la vida y su cuidado cotidiano es un asunto a resolver en lo privado y por las mujeres.

Dos etapas que ha tenido la crisis, la productivista en la se confiaba que el estado invirtiendo al modo neo-keynesiano recompondría el bienestar, y la crisis actual de garantizar las ganancias del capitalismo financiero efectuando para ello ajustes estructurales del mercado de trabajo y de bienestar social.

Ante este sesgo del estado y la inexistencia de otro tipo de mecanismos de respuesta colectiva, es en los hogares donde se sigue intentando garantizar la generación cotidiana de bienestar concreto para personas concretas. Una vez más, se ve lo ya constatado para otras crisis: son los hogares el colchón último del sistema socioeconómico, el lugar donde en última instancia se absorben los shocks que se producen en otras esferas.

Entre las estrategias de las mujeres podemos mencionar, al menos, tres. En primer lugar, la búsqueda de nuevas fuentes de ingresos, intentando encontrar empleo en sectores que se habían abandonado; por ejemplo, la vuelta al sector agrícola o al empleo de hogar de parte de la población autóctona. O bien con la inserción en el mercado laboral de sujetos que antes estaban fuera, como es el caso de las mujeres mayores de cincuenta y cinco años.

Su tasa de actividad mercantil se ha incrementado un 42,6% (de 11,81 el tercer trimestre de 2006 a 16,72 en el tercero de 2011) según datos de la Encuesta de Población Activa.

Esta economía de retales es sumamente elocuente de una cuestión clave sobre la que volveremos: la realidad económica es una realidad de interdependencia. La cuestión es que la red que se hace cargo de esa interdependencia sigue estando sumamente asociada a los modelos tradicionales de familia; no parece que surjan formas alternativas de organizar la convivencia y de compartir recursos... ¿es esto realmente así? En ese caso, ¿por qué?

Los países del centro estamos comenzando a formar parte del proceso de globalización de las migraciones cada vez más en calidad de países de origen. Esto obliga a nuevas miradas sobre la migración y a tener mucho cuidado en comprender los dinámicos procesos de segmentación social a lo que esto dé lugar. Entre otras cosas, esta migración desde los países del Norte global se sigue dando en un contexto de hegemonía mundial y de mercados laborales etno-segmentados en todos los lugares. Mientras que la migración del Sur hacia el Norte implicaba la inserción de la población migrante en los estratos más bajos del mercado laboral, dando lugar a nuevos tipos de “clases sirvientes” (Sassen, 2008), la migración desde el Norte puede implicar la aparición (o engrosamiento) de nuevas élites blancas que copen los estratos superiores del mercado laboral de muchos países del Sur global<sup>25</sup>. Todo ello en un contexto de incremento de las desigualdades también entre países a nivel global; de periferización de algunos países del centro.

Según INE (2011), si se mantienen las tendencias actuales el estado español perdería casi un millón de habitantes entre 2011 y 2020.

Una constatación gruesa: hay una reacción diferencial de mujeres y hombres, en la que son ellas quienes tienden a asumir la responsabilidad última del ajuste; y una certeza: necesitamos mirar mucho más atentamente este proceso. Este es uno de los terrenos clave en los que los feminismos han de aportar a la comprensión de la crisis, pero, para hacerlo, es preciso la confluencia de miradas, entre aquellas más preocupadas por los procesos materiales y las más pendientes de los aspectos subjetivos y simbólicos<sup>26</sup>.

En muchos casos, de una situación de precariedad se irá pasando a una situación de exclusión. Decíamos hace tiempos que entre la precariedad y la exclusión no había solución de continuidad, y que, de hecho, la exclusión funcionaba como una amenaza para acatar la pérdida de derechos que estaba en la génesis de la precariedad. Este proceso de amenaza, de inocular miedo, se refuerza con la crisis. Es imprescindible estar pendientes para conocer quién, cómo, por qué mecanismos y en qué sentidos está pasando de la inseguridad en el acceso a recursos, al no-acceso, al quedarse al margen. Caso claro es el de la irregularidad sobrevenida, fenómeno que afecta a personas migrantes que tenían una situación administrativa ya regularizada, pero que, al perder el empleo y dejar de cotizar, pierden los papeles, pudiendo llegar a situaciones absurdas en las que sean no-ciudadanxs, pero sí estén hipotecadxs. Otro caso es el de las mujeres viviendo situaciones de violencia machista que no pueden separarse por el agravamiento de las dificultades financieras.

Lo plenamente humano es trascender, y entra en contradicción con la inmanencia. Desde aquí, la economía de mercado es un estadio de civilización superior a las economías de subsistencia, porque permite colmar deseos, y no simplemente satisfacer necesidades. Lo plenamente humano es crecer, poner la vida al servicio de algo superior a la vida misma. Desde el feminismo se afirma que el otro oculto de la producción es la reproducción, en un esquema epistemológico heteropatriarcal que está en la base de la explotación de la naturaleza y la opresión de las mujeres.

Ante esta epistemología perversa, la cuestión no es solo visibilizar que, además de producir bienes y servicios, también se reproducen personas. Sino señalar que ambos procesos no están escindidos, que la producción solo nos importa en la medida en que reproduce vida. La reproducción es la lente desde la que mirar el conjunto, el eje transversal. Y, al aplicar esta lente transversal, hay que romper con la noción de que lo humano es superarse, progresar, menospreciando el proceso en sí de mantenimiento. Dicho de otra forma: se argumenta que no hay contradicción entre el objetivo de vivir bien y la sostenibilidad. Se trata de apostar por una vida que merezca la pena ser vivida, por vivir bien, en palabras de Tortosa (2009): Buen Vivir es “la idea de una vida no mejor, ni mejor que la de otros, ni en continuo desvivir para mejorarla, sino simplemente buena”.

El proceso de financiarización supone una vuelta de tuerca en esas perversiones. Por un lado supone que el dinero, por primera vez, es capaz de crear dinero. Esto implica perder por completo de vista toda perspectiva y noción de los límites físicos, por disociar por completo las nociones de crecimiento y progreso de la materialidad que las sustenta y supone un agravamiento del conflicto capital-vida<sup>32</sup>, al establecer plazos cada vez más cortos para satisfacer el proceso de valorización de capital, generándose una disociación absoluta con los ritmos vitales (los de todos los procesos naturales, incluidos los humanos).

¿Queremos una reforma que implique un mayor control y transparencia? ¿O queremos unas finanzas que no estén bajo la lógica de valorización, apostando, por ejemplo, por una banca pública? ¿O más bien se trataría de apostar por pequeñas entidades financieras cercanas a la comunidad y bajo control democrático local? O, incluso ¿queremos un nuevo papel del dinero, volviendo a situarlo como medio de intercambio y no de acumulación? ¿Queremos que el dinero tenga algún tipo de vínculo con los recursos naturales existentes? Es decir, aparecen muchas más preguntas; no basta con volver a poner la economía real por encima de las finanzas y con introducir ciertas enmiendas (por ejemplo, garantizando plena igualdad de oportunidades para mujeres y hombres). Se trata de hacerse complejos y radicales cuestionamientos del statu quo y del hacia dónde ir.

Primero: ¿qué es vivir bien? ¿Qué necesidades han de ser cubiertas? Esta pregunta no se plantea en términos individuales ya que, como acabamos de decir, la vida es siempre vida en común. La cuestión es dilucidar de qué necesidades nos vamos a hacer cargo colectivamente. Los aportes de los feminismos a este debate van en varias líneas: enfatizar la indisolubilidad de las dimensiones materiales y afectivas de las necesidades; cuestionar la dicotomía deseo (más allá del sostenimiento)/necesidad (sostenimiento)<sup>35</sup>; y remarcar la importancia de la necesidad de cuidados como propia de todas las personas a lo largo de todo el ciclo vital.

Esa feminidad construida diluyendo la individualidad en los otros, bajo esa ética reaccionaria del cuidado, produce lo que María Jesús Izquierdo denomina un *sujeto dañado*. Y no es este el lugar desde el que construir práctica política. Tampoco lo es la subjetividad construida en torno al modelo hegemónico de masculinidad, que tiende a aproximarse al ideal de autosuficiencia perverso y se configura bajo un aplastante individualismo. En el momento de crisis corremos el riesgo de que estas construcciones sexuales perversas se refuercen, pero es también el momento clave para cuestionarlas.

Hay que pensar más allá de la tríada mercado (lógica de acumulación)-estado (lógica de –supuesta-redistribución). Hay que introducir un serio debate sobre el papel económico de los hogares: qué queremos que quede como responsabilidad de los hogares y qué tareas queremos externalizar. Y cómo democratizar los hogares y lograr una redistribución intrahogar más justa de los trabajos y los recursos. Esta es una tarea esencial en tiempos de crisis que sistemáticamente dejamos de lado.

Pero también hay que ir más allá de la tríada mercado-estado-hogares. Hay que introducir en el debate a la economía social y solidaria, la auto-gestión, las redes comunitarias y vecinales, la pequeña agricultura campesina, el tercer sector, etc. ¿Qué papel queremos que tenga cada forma posible? ¿Imaginamos nuevas maneras, por ejemplo, una forma de gestionar lo público que no caiga en la lógica burocrático-administrativa? El aspecto político de estos asuntos en una democracia falta de representatividad es algo que la economía feminista no encara. Hay que discutirlo.

#### Aportaciones del 15-M

Primera potencia: El 15m ha vinculado, desde el primer momento, economía y política, partiendo de la enunciación de dos malestares de base: *lo llaman democracia y no lo es* y *vuestra crisis no la pagamos*.

Segunda potencia: El 15m implica rebelarse contra los mecanismos que proliferan para controlar a la sociedad y que están en directa contradicción con la falta de supervisión de los grandes capitales. Gill y Roberts identifican esta asimetría como una de las características esenciales de lo que denominan el “neoliberalismo disciplinador” que “describe un orden socioeconómico global caracterizado por el creciente poder del capital y la intensificación de su disciplinamiento sobre la sociedad” (2011:162). Afirman que “un sistema de mercado auto-regulado requiere la aplicación autoritaria y de gran alcance del poder estatal” (2001: 161). Entre las varias dimensiones de este poder se incluye un “programa punitivo de reforma social”, que se impone, entre otras cosas, con mecanismos de represión como la ley y la policía. Sin embargo El 15m existe porque se rompe colectivamente con el miedo: que no, que no tenemos miedo; porque la amenaza de la exclusión no sirve para domesticar la precariedad: *juventud sin casa, sin curro, sin pensión: sin miedo*.

Tercera potencia: El 15m nace de un malestar común difuso que, podemos decir, radica en el hecho de que el conflicto capital-vida no es una tensión teórica o abstracta, sino que se encarna en la cotidianeidad, en las vidas concretas de gente concreta. Ese malestar generalizado expresa por tanto la afectación colectiva por un sistema en crisis. Lo común “*no solo [es] un lugar al que llegar, sino también un lugar del que partir*” (Gil, 2011: 304). El reto es “*escuchar y potenciar lo que hay en cada vida atomizada que consigue hacer resonar y vibrar lo común*” (Gil, 2011: 314).

Cuarta potencia: El 15m ha llevado los cuerpos, con su vulnerabilidad, su precariedad y su finitud, a la calle. En el mismo sentido, el 15m ha roto las fronteras entre lo público y lo privado, especialmente durante el tiempo que duraron las acampadas. Comer, vestirse, bañarse, el cansancio, la sed, las quemaduras del sol... dejaban de ser cotidianeidades vividas de manera individualizada y oculta en lo doméstico para adueñarse del espacio público. Esto era encarnación de un proceso amplio y crucial: la capacidad de vincular la micropolítica con la macropolítica, de conectar las situaciones más privadas con los procesos públicos. El 15m rompe la paz social, expresa el conflicto de fondo, pero lo hace como nunca antes desde las esferas invisibilizadas del sistema socioeconómico; no desde el ámbito privilegiado del mercado, el empleo ya no es el eje clave, sino desde la cotidianeidad, los cuerpos, la experiencia vivida en toda su amplitud.

Estas son cuatro cuestiones clave para responder a esa pregunta de qué hacer ante la crisis: **necesitamos imperiosamente volver a poner la economía en manos de la política; identificar y rebelarnos frente a los mecanismos propios del neoliberalismo disciplinador; entender lo común como lugar no solo al que llegar, sino espacio del que partir; y encarnar los discursos reconstruyendo el nexo entre lo privado y lo público, lo personal y lo político, lo micro y lo macro, creando conflicto social desde los ámbitos invisibilizados de la vida.**